

tercer aniversario y los cañones no han cesado, ni las incursiones aéreas, ni los actos de terrorismo, ni las represalias. Como la «blitzkrieg» de Hitler no fue una guerra ganada, sino el principio de una larga confrontación. La acumulación de armas en los dos bandos —parece que, finalmente, Estados Unidos entrega a Israel los aviones

«Phantom», tan regateados—, más la acumulación de odios, la no resolución de los problemas pendientes y la aparición de un revolucionarismo guerrillero en los países árabes son algunos de los factores de ese gran contencioso que se plantean cada día en forma de sangre vertida y que pueden llevar a una generalización del conflicto.

Los que se van SCHACHT, "MAGO" DE LAS FINANZAS NAZIS

El primer «milagro» del doctor Schacht sucedió el 20 de febrero de 1933, recién nombrado Hitler canciller por el Presidente Hindenburg: recaudó tres millones de marcos en una reunión a la que asistían los veinte industriales más poderosos de Alemania. Entre ellos, Krupp; Bosch y Schnitzler (de la I. G. Farbenindustrie); Voegler (Vereinigte Stahlwerke). Hitler habló en primer lugar: explicó cómo la industria privada «estaba llamada a desaparecer en la democracia» y «sólo podía mantenerse mediante una concepción sana de la autoridad y la personalidad»; prometió borrar del mapa a los marxistas y volver a crear el Ejército alemán. Después habló Goering. Quedó claro que en las inmediatas elecciones no podían perder los nazis, porque si perdieran tomarían el poder por la fuerza. Pero hacían falta «sacrificios financieros». Los reunidos comprendieron prontamente que esos sacrificios serían una excelente inversión, puesto que se acabaría con el riesgo marxista, con la democracia pacifista y, sobre todo, con el desarme, que paralizaba sus industrias. Cuando el doctor Schacht pasó la bandeja, recaudó tres millones de marcos.

Las promesas no fueron vanas. Ganadas las elecciones, instalado el régimen nazi, Schacht instaló la economía de guerra —«Wehrwirtschaft»— sobre bases expuestas en un documento sometido a Hitler, el «Informe sobre el estado de los trabajos para la movilización hacia la guerra económica», términos que se invertían en su contenido para explicar que su Ministerio había sido encargado «de la preparación económica de la guerra». Más tarde, en otro informe, explicaría: «Nuestros armamentos han sido financiados en parte por los créditos de nuestros enemigos»: estos «créditos» eran la incautación de bienes judíos (y de otros «enemigos del Estado») y el bloqueo de cuentas extranjeras. La producción masiva de armas por las grandes in-

dustrias y la absorción de paro por las obras públicas —gran recurso de todas las dictaduras— fueron la base esencial del nuevo rostro económico, sostenido luego por unas hábiles fórmulas: control de cambios, trueques (sin dinero) con países extranjeros (principalmente hispanoamericanos, que tuvieron así la sensación ilusa de que podrían salir del imperialismo americano), emisión de billetes. Los industriales vieron aumentados sus beneficios teóricos, pero se encontraron presos de la maquinaria de guerra del Estado y obligados a las «contribuciones voluntarias» al partido, mientras los obreros veían desaparecer el espectro del paro, pero su trabajo se convertía en esclavista; unos y otros estaban ilusionados por la posibilidad de que ese esfuerzo condujese a una «victoria final», en la que el dominio de Alemania sobre otros países les convirtiese en un «pueblo de señores» en el que obtendrían, finalmente, sus propios beneficios.

El verdadero milagro de Schacht fue que el Tribunal de Nuremberg le declarase inocente, lo que le permitió elogiar la «altura de miras» del Tribunal que condenaba a muerte a sus compañeros de aventura, y explicar después que Hitler fue un hombre «surgido del fango, cuyo árbol genealógico se pierde en los nacimientos ilegítimos», en un oportunista libro que se llamó «Arreglo de cuentas con Hitler», como fue oportunista su libro «Regreso al oro».

El árbol genealógico de Schacht era sano. Antes de Hitler era ya banquero, y fue director de la Banca privada y comisario de la moneda. Después de Hitler fue llamado como consejero por varios países —España, entre ellos—. Algunas pretensiones financieras occidentales proceden directamente del «espejismo Schacht», pero sin el totalitarismo nazi no han podido dar frutos. El mago acaba de morir, en Munich, a los noventa y tres años. ■ JUAN ALDEBARAN.

Zaragoza

LA REVOLUCION DE LOS BIKINIS

—¿Queréis traje de baño? —gritaba la manifestante que marchaba en cabeza del grupo.

—¡Noooo!... —respondían a coro las bañistas amotinadas.

—¿Queréis semibikini?

—¡Noooo!... —vociferaban las mujeres.

Así contaba un periodista de Zaragoza la escena que hace unos días se produjo en la piscina conocida por Stadio Miralbueno El Olivar, después que un empleado de la entidad hubiera intentado ex-

bañistas veraneantes para hacer comprobaciones respecto al grado de exposición de las zonas del cuerpo humano que la compostura española ordenaba mantener cerradas al tráfico. Luego vino el turismo y las divisas del turismo, y no fueron pocos los moralistas que se acomodaron a los nuevos tiempos, pensando —mayormente— que había llegado el momento de colocar su dinero en la construcción de instalaciones turísticas, en la que podían obtenerse pingües benefi-



En la España de los años setenta, el bikini puede ser todavía noticia en una ciudad de medio millón de habitantes. Pero la revolución zaragozana de los bikinis ha triunfado en toda la línea.

pulsar de las instalaciones a una muchacha por el solo hecho de llevar bikini.

—¿Qué queréis, pues?

—Queremos bikini!, ¡queremos bikini!...

La piscina de Miralbueno pertenece, al parecer, a una organización conservadora del tipo «antes-morir-que-pecar», y la disposición que prohíbe el bikini no es la única de las normas a través de las cuales la digna entidad vela por la salvación del alma de sus socios. Miralbueno y algunas otras instalaciones deportivas zaragozanas aplican un rígido sistema de discriminación de sexos. Tienen piscina «para señoras» y piscina «para caballeros». No hace falta decir que esto no es una novedad en un país en que, como en el nuestro, ha florecido y florece aún con extraordinario vigor lo que podríamos llamar «la jurisprudencia del sexto mandamiento», con su juego de normas «preventivas». Hace varios años que en algunas playas existían unos vigilantes especiales, vestidos de riguroso invierno, que se paseaban entre los

ciós. De la vigilancia moral nunca más se supo. Las autoridades municipales, al principio confusas, acabaron por allanarse a las exigencias del comercio. Lo mismo ocurrió, a la postre, con el celo de los señores párrocos, algunos de los cuales, perdido el control del ágora, se parapetaron en las iglesias y colocaron a la puerta carteles alusivos a la «modestia en el vestir», que a menudo encontramos todavía en nuestros días. Muchachas venidas del Norte, rubias y clásticas, en un grado que apenas hubiera podido sospecharse por estas latitudes, irrumpieron en las playas con el bikini, que al principio se llamó «dos piezas». «Van enseñándolo todo», dijeron las madres de la patria. Luego, el aumento de las proteínas en la dieta nacional y el libre juego de la competencia recomendaron el uso de aquella prenda, hasta entonces considerada impúdica.

El bikini se generalizó en las playas hasta tal punto que hoy es ya difícil encontrar en ellas una mujer joven que utilice todavía el an-

ticuado traje de baño. Pero tierra adentro, en la España irredenta de «las provincias», las cosas iban más despacio. Se había producido una revolución en las costumbres. Había caído mucho refajo, mucho paño negro. La antigua «combinación» había desaparecido. El corsé había muerto, dejando paso a la leve faja. La palabra «sostén», de tan hondas y entrañables resonancias en la imaginación masculina, había sido sustituida por la anodina «sujetador». En las conversaciones, en los anuncios de la sociedad de consumo, ya no se empleaba, como antes, la voz «bragas», para la que se buscaban sucedáneos tales como «pantys» y otros eufemismos. A mediados de los años cincuenta vi en el escaparate de una tienda de la calle del Arenal, en Madrid, el siguiente cartel, escrito a mano: «¡Qué alegría! ¡Bragas a tres pesetas!». No he vuelto a encontrármelo desde entonces. El mundo ha cambiado y, sin embargo, el bikini aún puede continuar

siendo noticia en una ciudad como Zaragoza, de más de medio millón de habitantes. En la mente de los deportivos dirigentes de Stadio Miralbuena El Olivar y de otras sociedades aún puede seguir siendo el bikini una frontera, una línea divisoria en el estilo del maniqués nacional. «Hasta aquí eres una mujer honrada que viene a bañarse. Medio metro menos de ropa y estás en pecado mortal. ¡A la calle!».

Por estas razones me parece que la mini-revolución de los bikinis tiene alguna importancia. La forma en que los hechos sucedieron es elocuente. No fue un acto fortuito. Las cincuenta mujeres que iniciaron esta «guerra» se habían puesto previamente de acuerdo. En efecto, el día de autos, una mañana del reciente «veranillo» que nos ha deparado esta primavera, las contestatarias —empleadas, secretarias, mujeres casadas de la clase media— se quedaron al borde de la piscina con la blusa puesta sobre el traje de baño. Nadie podía sos-

pechar nada. De pronto, una de ellas, en presencia de los empleados, se quitó la blusa y apareció en bikini. Uno de los guardianes se acercó a la infractora de las normas del club y le pidió que le entregara el carnet de socio. «No quiero», contestó la chica. «Pues cámbiese de bañador o abandone la piscina», dijo el hombre. «Ni lo sueñe», replicó ella. En ese momento, todas las mujeres que estaban a su alrededor se quitaron la blusa y aparecieron en bikini. El empleado no estaba preparado para enfrentarse con semejante eventualidad. Se fue a las oficinas, comunicó a la Junta lo que pasaba y se tomó la decisión de llamar a la policía. Empezaron los gritos, la manifestación propiamente dicha. Nuevas mujeres fueron sumándose. Una señora, que no debía estar informada de lo que iba a suceder, y que se había puesto, como siempre, el traje de baño, pidió unas tijeras y en un santiamén convirtió la prenda en un bikini moderno. Cuando llegó la

policía, la suerte estaba echada. Al Estado siempre le agrada comprobar que existen criterios más reaccionarios que los suyos. Se autorizó el uso del bikini.

Al día siguiente hubo manifestación en otras piscinas de la ciudad. En Zaragoza no se hablaba de otra cosa. «Heraldo de Aragón» publicaba un reportaje condenando la discriminación de sexos. «Aragón Expres» advertía con amargura, parafraseando el célebre «slogan» turístico: «Zaragoza es diferente». Los periódicos daban la noticia, y en la calle se hablaba de posibles repercusiones de la revolución de los bikinis en otras ciudades. Un comentarista político ponderaba en este episodio «la vitalidad del país». Mingote, en «ABC», bromeaba a propósito de la nueva Agustina de Aragón. La España de los años setenta ya no se conmovía como en los días lejanos de la llegada del turismo. «Ahí me las den todas», parecía pensar. ■ LUIS CARANDELL.

De Gaulle, en España

EL HOMBRE QUE CORRIÁ DEMASIADO

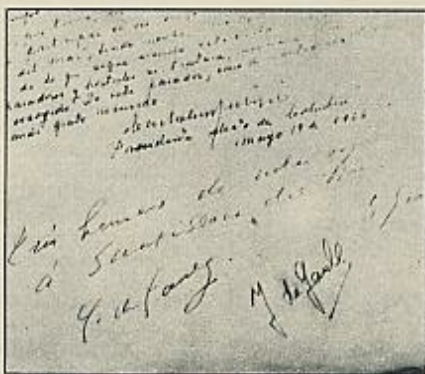
El «rallye» de Charles de Gaulle por las rutas españolas quedará grabado en la biografía del general como la mayor proeza deportiva de su fecunda y agitada existencia.

Uno le esperó en la meta de una de las etapas más difíciles, Galicia, al término de la gran etapa de montaña. Bueno, en realidad, Galicia la hizo en dos medias etapas: una, con meta en Santiago de Compostela, y la otra —más cortita—, con meta y bien merecido descanso en Cambados.

La llegada a Santiago fue memorable. El «tiburón» negro del general se detuvo a las puertas de la catedral. Llovía. De Gaulle salió del «tiburón», subió las escaleras de la entrada del Obradoiro y, acompañado por dos canónigos, se despachó la catedral en un cuarto de hora. Es un record en la historia de las peregrinaciones. Recorrerse la catedral de Santiago, con parada y éxtasis ante el Pórtico de la Gloria, el tesoro, la cripta, la capilla del Rey de Francia, rezar luego un poco ante el altar del Apóstol y ver funcionar el «botafumeiro», todo esto en un cuarto de hora, es algo que no se recuerda en Santiago de memoria de peregrino. Claro que el anciano general ya había demostrado su excelente forma física y mental entrando en Galicia por carretera, y apedándose del automóvil, luego de tan heroica gesta, sin tambalearse ni mostrar en la mirada ningún síntoma inquietante de perturbación psicósomática. ¡Admirable viejo! Todo erguido y juvenil, aunque un poco pálido. Esto debe ser por lo de escribir. Se nota que se ha pasado muchos meses dale que dale a sus «Memorias». Esto de escribir le deja a uno muy paliduchó. Al verle, uno, que es muy sensible al «mito De Gaulle», sintió en la médula un tremendo escalofrío, que se imagina debe ser el escalofrío de la Historia. Y también uno, que es un poco bárbaro y tenía complejo por haber visto el Museo del Louvre en una hora y cuarto, se sintió al fin



De Gaulle, ante la catedral de Santiago.



La firma del general en el libro de oro del parador de Santillana. Sobre ella, la firma de Lleras Restrepo (Presidente electo de Colombia, mayo 19 de 1966).

liberado al ver que el gran Charles se había liquidado la monumental catedral compostelana en mucho menos tiempo.

Antes, tras el alto de Santillana del Mar, el

general había pasado como un meteoro por la provincia de Santander, sin ver los bisontes de Altamira. Y es que hay que dejarse de historias, e incluso de prehistorias. El tiempo apremia que es una barbaridad. Había que llegar de día a Cambados, el pueblo tranquilo de la bella ría de Arosa; Cambados, «probe e fidalgo e soñador», que «dormes deitado o sol — a veira do mar», según dejó cantado su poeta Cabanillas. Efectivamente, si hay un pueblo con cachaza, si hay un pueblo imperturbable y flemático por excelencia en toda la geografía nacional, este pueblo es Cambados. Y hay que felicitar sinceramente a los servicios de prospección turística del general De Gaulle por haber dado con él.

En el parador de Cambados le dieron de beber «Albariño» y le contaron que las cepas del estupendo vinillo blanco cambadés las trajeron de Francia los benedictinos, allá por el siglo XII. No sé si le habrán contado, de paso, la difícil niñez de la «Bella Otero», la mujer que trastornó a París y a la Europa del novecientos, provocando innumerables duelos en el bosque de Bolonia y un sinfín de conflictos políticos y matrimoniales. Pues la «Bella» era de Valga, un pueblecito entre Cambados y Santiago de Compostela. Dicen que se conserva en el poblado una media de una de sus preciosas piernas, aunque otros sostienen que se trata de una media apócrifa. En todo caso, el general no fue a Valga a ver la media, y prefirió una incursión por el litoral: La Toja, El Grove, Sangenjo, Marín... Esta jira fue un auténtico «western». Perseguido por el bólide de «Europa 1» y por toda la caravana de periodistas, el «tiburón» del general pasó por El Grove como una exhalación, y tuvo suerte que no estuviera de servicio Agustín, el guardia «duro» del pueblo, porque lo hubiera empaquetado por exceso de velocidad.

En el momento en que escribo estas líneas, el «rallye» continúa. El temerario Citroën negro se ha lanzado a cien por hora por otra carretera de Galicia hacia las austeras tierras de Avila. Buen viaje, mi general. Es un decir... ■ P. H. El Grove, 7 de junio, domingo.